



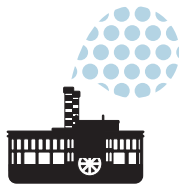
EL BARCO
DE VAPOR

Carnaval

Rosa Carrasco

Ilustraciones
de Celeste Vargas Hoshi





EL BARCO
DE VAPOR

Carnaval

Rosa Carrasco

Ilustraciones de Celeste Vargas Hoshi





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en
www.fundacion-sm.org

Carnaval

Primera edición digital: julio 2020

Dirección editorial: Carlos O. Aburto Cotrina

Coordinación editorial: Rubén Silva

Edición: David Abanto

Jefa de arte: Laura Escobedo

Diagramación y retoque digital: Danitza Navarro

Ilustraciones: Celeste Vargas Hoshi

© del texto: Rosa Carrasco, 2019

© de esta edición: Ediciones SM S. A. C.

Micaela Bastidas 195, San Isidro. Lima, Perú

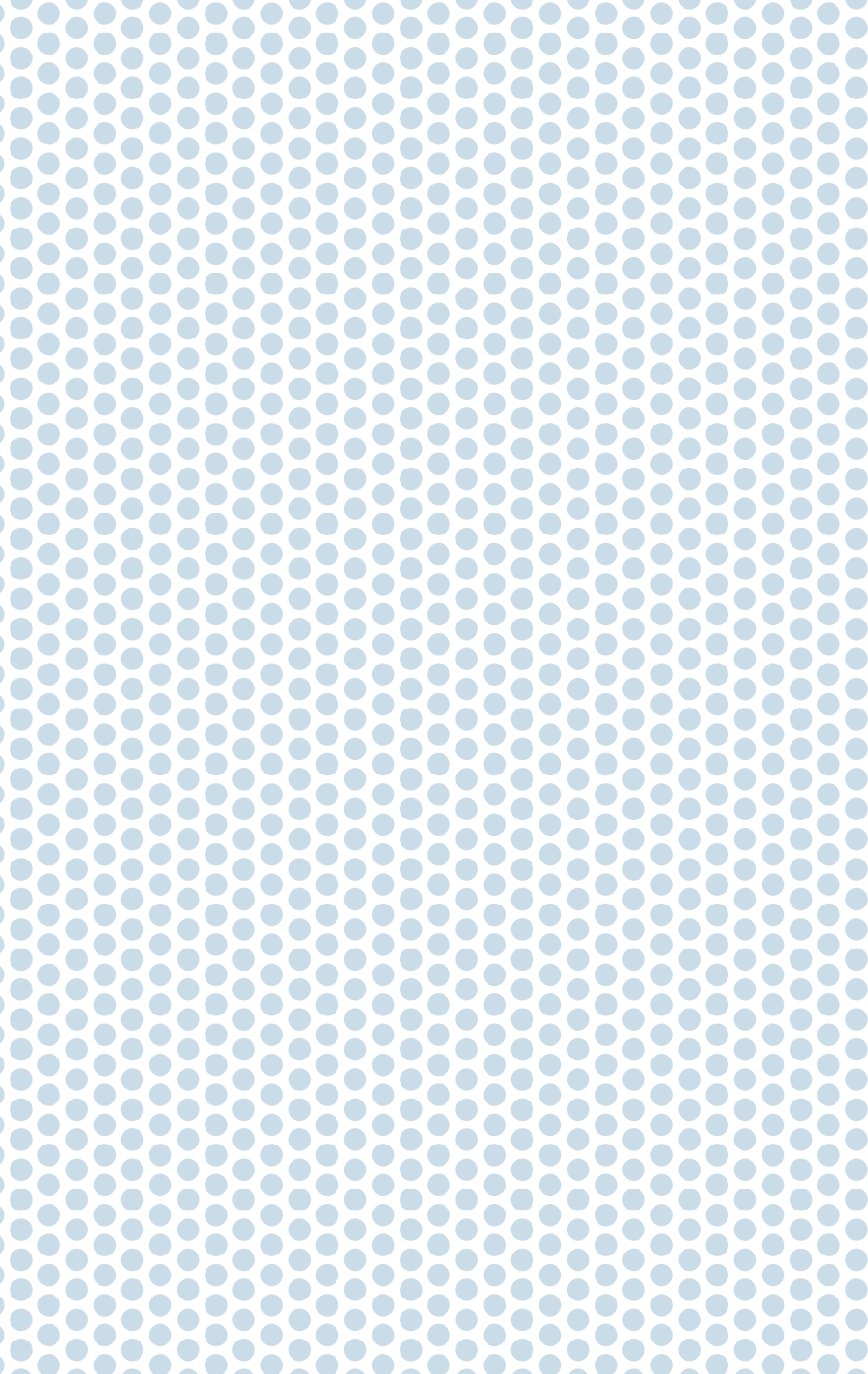
Teléfono: (51 1) 614 8900

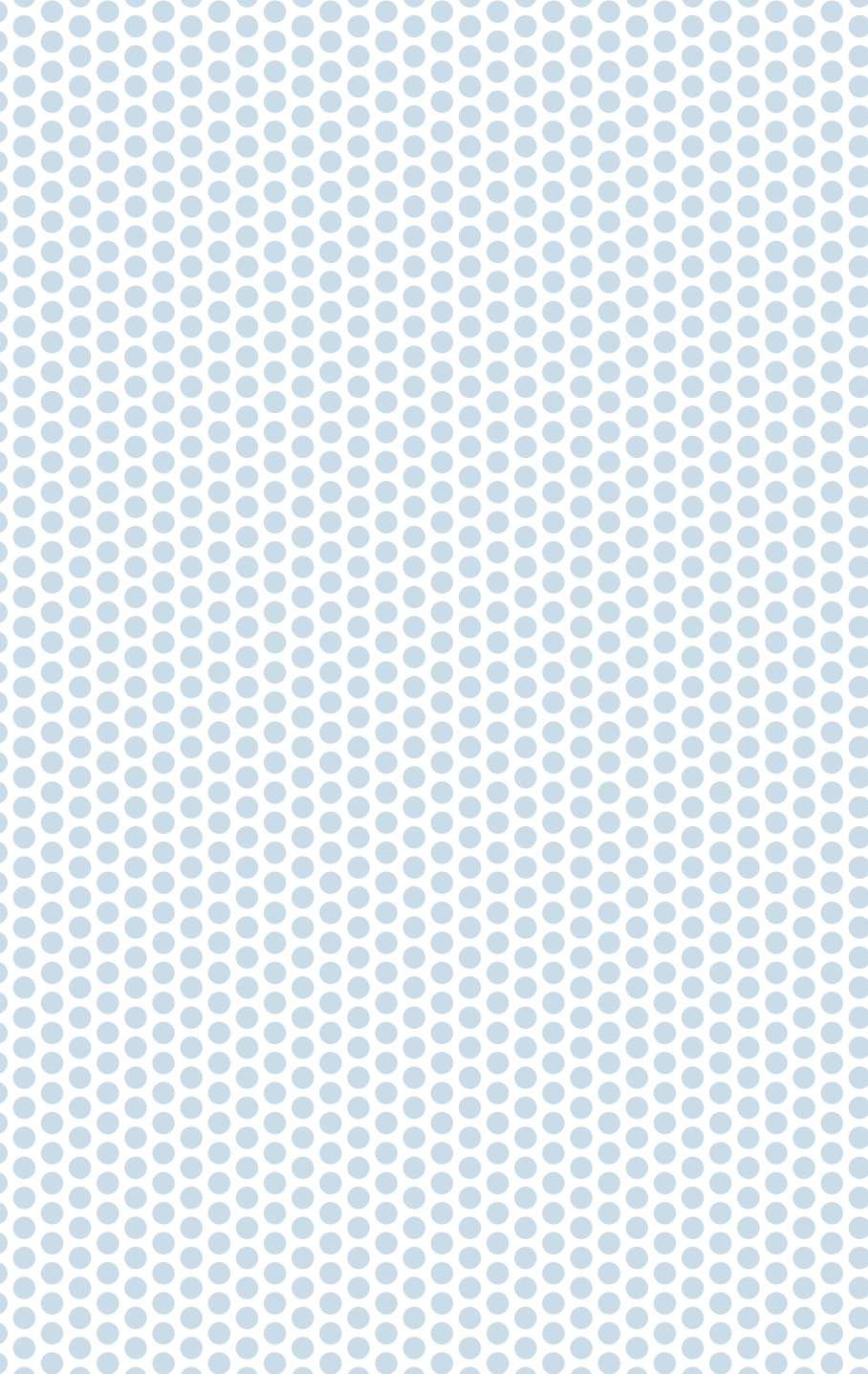
contacto@sm.com.pe

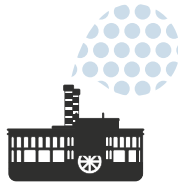
www.sm.com.pe

ISBN:

Todos los derechos reservados. Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin el permiso previo y por escrito de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.







EL BARCO
DE VAPOR

Carnaval

Rosa Carrasco

Ilustraciones de Celeste Vargas Hoshi





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en

www.fundacion-sm.org

Carnaval

Primera edición digital: julio 2020

Dirección editorial: Carlos O. Aburto Cotrina

Coordinación editorial: Rubén Silva

Edición: David Abanto

Jefa de arte: Laura Escobedo

Diagramación y retoque digital: Danitza Navarro

Ilustraciones: Celeste Vargas Hoshi

© del texto: Rosa Carrasco, 2019

© de esta edición: Ediciones SM S. A. C.

Micaela Bastidas 195, San Isidro. Lima, Perú

Teléfono: (51 1) 614 8900

contacto@sm.com.pe

www.sm.com.pe

ISBN: 978-612-316-959-6

Todos los derechos reservados. Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin el permiso previo y por escrito de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

A los amigos de la infancia
y a todos los que tienen sueños.



● I

MATILDE ENCENDIÓ EL FAROL que alumbra la entrada de su casa. Era hora de alistarse para la cena. Ella no salía por la puerta principal. Usaba la de servicio para jalar una antigua y pesada manguera, la colocaba en el jardín, volvía a ingresar al pequeño patio que daba a su cocina y abría el caño. Un chorro grande de agua corría unos metros e iba a parar al perfecto césped de su pequeño jardín exterior. Era la hora en que todos retornábamos a nuestras casas después de haber estado toda la tarde jugando en el patio central de la quinta.

Nuestra quinta de la cuadra dos de la calle Del Coronel era muy bonita; alguien diría, sin exagerar, que había sido sacada de otro lugar y colocada en medio de esa calle. Tal vez se debía a que quien la construyó vino de un lugar muy lejano, del otro lado del océano, donde las casas suelen

tener jardines muy grandes, paredes de cemento crudo o hechas de pequeños ladrillos rojos, ventanas con marcos de madera pintados de blanco, puertas blancas también y ninguna reja de protección, como para que cualquiera que pasara por ahí se animara a tocarlas o tal vez para que los más pequeños pudieran salir y entrar sin molestar a los adultos.

Matilde vivía en la casa cercana a la del hijo del señor que llegó del otro lado del mundo a construir esta discreta y pequeña joya de arquitectura. Dicen que vino antes de que el siglo XX trajera sus carros a motor, luces de neón, teléfonos, el cine, la televisión, los jeans, los zapatos de goma, la Coca-Cola y todas las cosas que los chicos que vivían en la quinta tenían. Cuando arribó, el barrio no existía, solo algunas construcciones levantadas sobre lo que alguna vez fuera una hacienda, al lado de enormes terrenos baldíos, cubiertos por algunos sembríos o maleza.

Le dijeron que en un enorme terreno harían el principal hospital de la ciudad, y que sería muy grande. No le dio pena no ser médico, porque si bien no podía curar enfermedades, su familia, por más de un siglo allá, al otro lado del océano, se había dedicado a darle morada a los que no resis-

tieron una gripe, un sarampión o simplemente cualquier caprichoso bicho llegado en los barcos mercantes. Puestos los ojos en ello, el señor Comaniescu, proveniente de Sibiu, al pie de los Cárpatos, decidió dejar sus antiguas montañas y fundar la primera funeraria que ofrecía, además de los sepelios tradicionales, pequeñas cajas de mármol donde colocar las cenizas de quienes en algún momento estuvieron llenos de vida.

El ícono de la funeraria Dunarea —una cruz medieval rumana atravesada por un río—, oscuro, enigmático y poderoso, era lo primero que uno veía ni bien salía de la puerta principal del reciente inaugurado Hospital General de los Trabajadores. Matilde tenía muy buen humor, y solía decir sonriendo que era lógico el nombre del hospital porque quien trabaja se desgasta, y si uno se desgasta, se enferma. Ella era la única vecina de la quinta que llegó a conocer con vida al señor Comaniescu padre, porque ahora lo sucedía el señor Comaniescu hijo, quien vivía en la casa central, al fondo de la quinta, la única sin jardín exterior, pero sí con un enorme y misterioso jardín trasero.

Comaniescu padre construyó Dunarea justo frente a la entrada principal del hospital, y sa-

biendo que todo lo que está cercano a la muerte algo de ella toma, sabiamente decidió ir a vivir al otro lado, es decir, a la espalda. Una enorme malla de metal y un extenso jardín detrás de ella separaban el hospital de lo que sería la calle Del Coronel, donde el señor Comaniescu construyó su enorme casa.

El farol se encendió. Dio la hora de dejar de jugar y volver a casa, pero sin regañar porque era viernes, el día en que Matilde, después de regar su jardín, antes de irse a dormir, nos contaba una historia.